

LOGROÑO

1. La ciudad. 2. Ambiente social. 3. La familia Escrivá Albás. 4. Estudios en el Instituto.
5. Las huellas en la nieve.

San Josemaría vivió en Logroño, con su familia, desde 1915 hasta 1920, año en que se incorporó al Seminario de Zaragoza. Sin embargo, continuó teniendo su domicilio en aquella ciudad hasta que, a comienzos de 1925, se mudaron todos a Zaragoza.

La familia Escrivá Albás se vio forzada a trasladarse a Logroño tras la quiebra de la empresa Juncosa y Escrivá, de la que don José Escrivá era socio, en Barbastro (Huesca), su ciudad de origen. En marzo de 1915, don José empezó a trabajar en el comercio de tejidos que Antonio Garrigosa tenía en Logroño. En septiembre, se trasladaron su mujer y sus dos hijos, Carmen y Josemaría.

Su estancia en Logroño estuvo presidida por las dificultades: cambio de ambiente, de amistades, de costumbres, dificultades económicas, lejanía de los seres queridos, etc. Sin embargo, esa ciudad fue el marco escogido por la Providencia para que Josemaría tuviera allí los primeros “barruntos” (así los llamaba él) de la llamada de Dios.

1. La ciudad

Logroño está situado en la margen derecha del curso medio del río Ebro, junto a un vado del río que existía ya antes de la era cristiana. Es la capital de la región de La Rioja (entonces “provincia de Logroño”). En las cercanías de la ciudad se hallan restos de un primitivo poblado ibero y, en su extrarradio, restos de la antigua ciudad romana (Vareia, ciudad de Varo).

A comienzos del siglo XX la región era fundamentalmente agrícola y ganadera. Contaba con un activo comercio y una industria de derivados del campo. Se cultivaban cereales, hortalizas, frutales, legum-

bres, y se elaboraban vinos. Abundaban el ganado lanar y el ganado vacuno, y la comarca de Cameros era cabecera de cañadas de ganado trashumante. La producción de vino, superada la fuerte recesión causada por la epidemia de filoxera, empezó por entonces su despegue en cantidad y, sobre todo, en calidad. En 1923 inició su andadura el Consejo Regulador de la Denominación de Origen Rioja.

En la capital y en otras ciudades proliferaban pequeñas y medianas industrias; además de las bodegas de vino, había serrerías, fábricas de muebles, fábricas de conservas y embutidos, harineras, pequeñas industrias del cuero, maquinaria agrícola, etc. En la Exposición Regional de Productos de 1925, inaugurada por el rey Alfonso XIII, participaron, entre otras, sesenta y ocho industrias de la zona.

El censo municipal de 1915 asignaba a Logroño unos 24.000 habitantes, que aumentaron paulatinamente para llegar a 33.000 en 1925. El comercio era floreciente, no sólo en un ámbito regional y nacional, sino también internacional. En 1917 tenían consulado en la ciudad: Argentina, Chile, Francia y Uruguay. Destacaban algunos comercios de tejidos, entre los que se encontraba la firma Almacenes Garrigosa, que contaba con cuarenta y ocho empleados, uno de ellos José Escrivá.

La Enseñanza Secundaria se atendía en el Instituto General y Técnico de Logroño (Bachillerato), una Escuela de Artes e Industrias, dos Escuelas Normales (maestros y maestras), tres colegios, el Seminario Conciliar y varias academias. El total de alumnos escolarizados en Secundaria, en 1917, era de 1.062. Para la Enseñanza Primaria había diez escuelas nacionales y varias más, regidas por instituciones benéficas.

La ciudad disponía de Audiencia Provincial de Justicia con los correspondientes Juzgados, dos cuarteles militares y un cuartel de la Guardia Civil. La medicina y la salud contaban con el Hospital Provin-

cial de reciente construcción, una Casa de Socorro, un Manicomio, una Sección de la Cruz Roja y Hospital Militar.

Para la atención religiosa había tres parroquias: la colegiata de Santa María de La Redonda, Santiago el Real y Santa María de Palacio, a las que se añadían hasta nueve iglesias más, vinculadas a ordenes religiosos masculinas y femeninas. La vida religiosa era tranquila. Las iglesias se cerraban a media mañana, después de la misa matutina y abrían unas horas por la tarde para atender a la feligresía, el rezo del Rosario, algún acto eucarístico o alguna novena. Se celebraban con solemnidad las fiestas litúrgicas y las fiestas patronales, algunas de ellas con vistosas y nutridas procesiones populares.

2. Ambiente social

El Logroño de esa época contaba con un amplio espectro de partidos políticos: el Liberal Dinástico, el Liberal Democrático, el Conservador, el Reformista, el Socialista, etc. Siempre predominaron y gobernaron los partidos liberales, respetuosos con la religión pero fríos y distantes. Riojanos fueron, entre otros, Práxedes Mateo Sagasta, repetidas veces ministro y presidente del Consejo de Ministros, y su sobrino Amós Salvador, también titular de varias carteras ministeriales.

España se mantuvo neutral durante la Gran Guerra (1914-1918). Esa situación favoreció el comercio y la industria de la nación, aunque la ventaja fue puramente coyuntural y sólo benefició a unos pocos, ya de por sí adinerados. El pueblo llano vio cómo los precios se encarecían de modo alarmante.

En 1917 las dificultades del régimen político y la inestabilidad social alcanzaron cotas preocupantes. Durante los días 13 al 16 agosto tuvo lugar en toda España una fuerte huelga general revolucionaria; en Logroño intervino la fuerza pública y hasta el ejército. Se llegó a prohibir la comunicación

telefónica y telegráfica con el exterior de la capital. El invierno de 1917-18 fue duro para Logroño por la situación social y también por la climatológica. Hubo una grave escasez de alimentos y subsistencias que puso a la ciudad al borde del hambre.

El administrador apostólico de la diócesis durante estos años (1911-1921) fue don Juan Plaza García, natural de Guadalupe y antiguo maestrescuela de la catedral de Calahorra. En 1921 fue sustituido por don Fidel García Martínez, que permaneció en la diócesis hasta 1953.

3. La familia Escrivá Albás

Don José Escrivá y doña Dolores Albás, con sus hijos, Carmen (dieciséis años) y Josemaría (trece), vivieron a partir de 1915 en Logroño en tres domicilios diferentes, en la parte céntrica de la ciudad, próximos a la tienda La Gran Ciudad de Londres, donde don José trabajaba como dependiente.

Formaban una familia cristiana sencilla y piadosa. Las dificultades los habían unido mucho entre sí y con Dios. Los padres se querían de verdad y los hijos nunca los vieron discutir. Les transmitieron sólidas y profundas convicciones cristianas; les enseñaron a rezar y a trabajar con sentido de responsabilidad, a comportarse con hombría de bien. En palabras de Santiago Escrivá: "El ambiente de piedad en mi casa era normal. A mí me llevaban a Misa ya antes de hacer la primera comunión (...). Las devociones más señaladas que practicaba mi madre eran los 7 domingos de San José y, por supuesto, los primeros viernes. Tenía mucha devoción a la Virgen, en la advocación del Pilar" (TOLDRÀ, 2007, p. 66).

Don José era cordial y alegre, con buen humor. Supo aceptar las adversidades con un ánimo fuerte. Daba la impresión de ser un hombre sereno y feliz, y seguramente lo era desde un profundo sentido cristiano. Su valía humana era superior al trabajo que realizaba; le gustaba

estar bien informado en política; era cuidadoso en el vestir. Iba con frecuencia a Misa en la cercana parroquia de Santiago y tenía devoción muy arraigada a la Virgen de la Medalla Milagrosa. San Josemaría decía de él: “No le recuerdo jamás con un gesto severo; le recuerdo siempre sereno. Con el rostro alegre, y murió agotado: con sólo 57 años, pero estuvo siempre sonriente” (TOLDRA, 2007, p. 69).

Doña Dolores era mujer de mucho temperamento, de carácter recio y dulce al mismo tiempo, muy elegante y de buena educación. Se esmeraba en el gobierno de su casa a pesar de las estrecheces materiales y procuraba mantener un estilo cuidado, detallista y elegante. Su hijo la recordaba siempre atareada en alguna cosa, sin estar nunca ociosa.

La hermana mayor, Carmen, preparó su ingreso en Magisterio, carrera que terminó en Logroño en 1921, aunque no solicitó el título hasta 1933, que fue cuando abonó los derechos de expedición. Siempre tuvo mucha confianza y cariño a su hermano Josemaría.

Josemaría, por aquel entonces, era un muchacho de buena apariencia, algo corpulento, pelo oscuro, bastante corto, que a menudo cubría con una pequeña boina, como era costumbre, siempre bien vestido. Todos afirmaban que era muy alegre, con risa poco ruidosa pero franca y contagiosa. Con sentido del humor, aunque muchas veces pasaba por callado y pacífico. Se hacía querer por ser recto y ecuánime, nada violento, con gran capacidad de escuchar al interlocutor.

Hacia 1916 debe situarse el inicio de su interés por las luchas de independencia que en aquellos años atravesaba Irlanda, país católico, por cuyas gentes rezó y ofreció sacrificios para que encontrara la paz.

En febrero de 1919 nació el último hermano, Santiago, cuya llegada san Josemaría siempre consideró como una respuesta a su oración, sencilla e ingenua, cuando

decidió ser sacerdote y pidió al Señor que un hermano varón viniera a ocupar el lugar que él dejaría vacío en el hogar de sus padres.

4. Estudios en el Instituto

Josemaría había terminado en Barbastro los tres primeros cursos de Bachillerato y en el Instituto de Logroño cursó los tres últimos, de 1915 a 1918. En esos años consideró la posibilidad de estudiar Arquitectura, porque dibujaba con soltura y entendía planos con cierta facilidad. También consideró la posibilidad de estudiar Derecho.

Surgió en él la afición a la literatura, animado por su padre desde su infancia y, entonces, también por sus profesores. Inició en esta época la lectura de los Clásicos españoles, especialmente los autores del Siglo de Oro.

En el Instituto trabó amistad con Isidoro Zorzano, pues fueron condiscípulos en la misma aula durante tres años. Más tarde, Isidoro estudió Ingeniería Industrial y se colocó en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces. Él fue uno de los primeros en pedir la admisión en el Opus Dei.

5. Las huellas en la nieve

San Josemaría afirmó muchas veces que tenía quince o dieciséis años cuando empezó a *barruntar* el Amor. Con esa expresión se refería a las primeras insinuaciones de su vocación. Siempre hizo referencia a un hecho concreto ocurrido en fecha que no ha sido posible fijar con exactitud, pero que se sitúa entre finales de diciembre de 1917 y los primeros días de enero de 1918. Este hecho, probablemente, fue seguido por otros más a lo largo de una temporada, que le hicieron reflexionar y tomar decisiones importantes para su vida.

En cualquier caso, tuvo lugar un suceso que permaneció fuertemente grabado en su alma y le sirvió como punto de referencia donde situar el inicio de su vocación.

Su testimonio escrito más antiguo que poseemos data de octubre de 1932, cuando apuntó: “Mi Madre del Carmen me empujó al sacerdocio. Yo, Señora, hasta cumplidos los dieciséis años, me hubiera reído de quien dijera que iba a vestir sotana. Fue de repente, a la vista de unos religiosos Carmelitas, descalzos sobre la nieve” (AVP, I, p. 98). Su sucesor en el Opus Dei, don Álvaro del Portillo, lo narra así: “Era por la mañana. Había nevado durante la noche, y el suelo estaba recubierto por una capa de nieve, en la que no se veían más que las huellas de los pies descalzos de un fraile carmelita. De este detalle tan minúsculo se valió el Señor para suscitar una profunda inquietud en el alma de nuestro Padre. Comenzó a meditar: si otros hacen tantos sacrificios por Dios, ¿yo no voy a ser capaz de ofrecerle nada? Así, y con la gracia que el Señor le concedió en abundancia, empezó a notar que Dios quería algo de su vida: barruntó el Amor con mayúscula” (TOLDRÁ, 2007, p. 120).

Después de esa experiencia, localizó al carmelita y le abrió su alma: era el padre José Miguel de la Virgen del Carmen. Le visitó con asiduidad en la iglesia de su convento y, en consecuencia, empezó a acudir a la Misa diaria, a la confesión frecuente y a la práctica de la penitencia, e inició una vida de más oración. Al poco tiempo, el padre José Miguel le insinuó la posibilidad de hacerse carmelita; ese planteamiento, en el que nunca había pensado, le hizo reflexionar sobre la llamada. Después de madura ponderación concluyó que el estado religioso no era lo suyo, pero comprendió que Dios le pedía algo y que su respuesta había de ser generosa. De su oración y, sobre todo, de la gracia de Dios, surgió la decisión de hacerse sacerdote para estar abierto a lo que Dios pudiera pedirle.

Habló con franqueza con su padre –primavera de 1918–, con quien tenía mucha confianza. Don José comprobó la seriedad de su deseo y concluyó: “Yo no me opondré”. Y le llevó a hablar con el abad

de la Colegiata de La Redonda, don Antolín Oñate, al que conocía.

Don Antolín encontró muy buenas disposiciones en Josemaría y quedó convencido de su llamada al sacerdocio. Tras consultar con otras personas, maduraron un plan de actuación: terminar el Bachillerato en junio, preparar durante el verano las asignaturas necesarias para poder ingresar en el primer curso de Teología y pedir la admisión en el Seminario. Esto fue lo que se hizo.

La decisión de ser sacerdote sorprendió a todos, padres, amigos y conocidos pues, aunque tenía buena formación cristiana, siempre había manifestado deseos de estudiar alguna carrera civil. Mientras tanto pasó a dirigirse con don Ciriaco Garrido, que confesaba en La Redonda, y fortaleció su vida de piedad al tiempo que estudiaba con ahínco. En esta temporada empezó a repetir con frecuencia “*Domine, ut videam!*” (“¡Señor que vea!”; Lc 18, 41), “*Domine, ut sit!*” (“¡Señor que sea!”), que posteriormente alternaría con “¡Señora, que sea!”, “¡Señora que vea!””. Esta época de los “barruntos” terminó con la claridad de la luz recibida el 2 de octubre de 1928.

San Josemaría continuó en Logroño hasta 1920, año en que se trasladó a Zaragoza para incorporarse al Seminario de esa diócesis. En Logroño murió José Escrivá el 27 de noviembre de 1924, mientras san Josemaría se encontraba ya en Zaragoza preparando su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar cuatro meses más tarde. Su madre y sus hermanos quedaron en difíciles circunstancias económicas en la capital riojana hasta que pudieron reunirse con san Josemaría en Zaragoza a principios de 1925.

Voces relacionadas: Albás Blanc, Dolores; Escrivá Corzán, José; Escrivá de Balaguer y Albás, Carmen; Escrivá de Balaguer y Albás, Santiago; Estudios y títulos académicos de san Josemaría; Instituto General y Técnico de Logroño; Se-

minario Conciliar de Logroño; Vocación de san Josemaría.

Bibliografía: AVP, I, pp. 65-120; Jaime TOLDRÁ PARÉS, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-25)*, Madrid, Rialp, 2007; *El Indicador de la provincia de Logroño*, Logroño, Marañón y Berger, Imprenta y Librería de los Hijos de Merino, años 1915-24; *La Rioja*, periódico diario, Logroño, años 1916-24.

Jaime TOLDRÁ

LOS ROSALES, CENTRO DE FORMACIÓN Y CASA DE RETIROS

1. Historia de Los Rosales. 2. Los Rosales, Centro de formación de la primera generación de mujeres del Opus Dei: dedicación sacerdotal de san Josemaría. 3. El taller de ornamentos.

Centro de formación para mujeres del Opus Dei, iniciado por impulso de san Josemaría en 1944; situado en Villaviciosa de Odón (Madrid). A partir de 1969 se convirtió en casa de retiros que se usa tanto para mujeres como para varones.

1. Historia de Los Rosales

Ya desde los inicios de la labor del Opus Dei, su fundador puso los medios para proporcionar a sus hijos e hijas una sólida formación doctrinal-religiosa, teológica, y un conocimiento vivo del espíritu de la Obra.

A estos efectos, desde principios de los años 1940, buscó un lugar, cercano a Madrid, en el que sus hijas pudieran realizar esos estudios y, a la vez, descansar del trabajo profesional. A finales del verano de 1944, al pasar por Villaviciosa, se fijó en una casa situada en el centro del pueblo que podría ser apropiada. El 15 de septiembre volvió, acompañado de don Álvaro del Portillo, para verla y empezar las gestiones de su alquiler.

En octubre de 1944, san Josemaría anunció en el Centro de Jorge Manrique que, posiblemente antes de fin de mes, Los Rosales –nombre que eligió para la casa, por las rosas de su jardín– estaría disponible. Sería, después de Jorge Manrique y de la Administración de la Residencia de La Moncloa, el tercer Centro del Opus Dei para el apostolado con mujeres. Tras salvar varias dificultades, el 15 de noviembre les entregaron las llaves. Ese día Carmen Escrivá de Balaguer visitó la casa. El 16 volvió con Encarnita Ortega y Nisa González Guzmán; san Josemaría acudió desde Madrid y vio con ellas la distribución de las habitaciones.

San Josemaría supervisó la instalación. Dispuso que se trasladaran a Los Rosales una vitrina, un arca y una vajilla que habían sido de su madre: contribuyeron a darle un toque de distinción y de ambiente de familia. El 23 de noviembre de 1944 se instalaron en Los Rosales, Nisa González Guzmán, M^a Teresa Echevarría, Enrica Bottella y dos empleadas; una de ellas, Concha Andrés, se incorporó posteriormente al Opus Dei. A principios de diciembre llegaron el retablo y el sagrario. Antes, Carmen Escrivá de Balaguer había llevado los lienzos y ornamentos, además de colaborar en la instalación de la casa. El día 8 de diciembre, san Josemaría celebró la primera Misa y dejó reservado el Santísimo Sacramento en el sagrario.

El 1 de septiembre de 1946, san Josemaría entregó, para que se colocaran en el oratorio, unas reliquias de santa Mercuriana, que fue mártir romana con diez años. El 23 de noviembre de 1950 envió desde Roma una imagen de san José, un plato de cobre y unos caramelos, y pidió a todas que rezasen para que vinieran quinientas mujeres al Opus Dei. Se conservan en la casa otros regalos suyos: cucharillas de café, de plata, de Florencia; una caja de música y un yugo que trajo de Portugal. En la habitación de la directora estuvo la imagen de Santa María que encargó el Padre

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.